

EL LEGADO MILENARIO

*PRIMER VOLUMEN DE LA TRILOGÍA
“CRUX MUNDI”*

Elena Roldán Aguirre

ÍNDICE

• Prólogo.....	6
• El sueño.....	7
• La llamada.....	18
• La excursión.....	24
• El viaje.....	43
• El encuentro.....	51
• La calma.....	56
• Aditi	70
• La confesión.....	80
• El ataque.....	88
• Paradesa.....	100
• La reunión.....	116
• La separación.....	131
• Caminos cruzados.....	136
• El gran Maharshi.....	149
• Lilith.....	168
• La decisión.....	189
• Entrenamiento.....	203

• La invocación.....	218
• El espíritu del fuego.....	228
• La partida.....	243
• El desierto de Konchu.....	256
• El puente de Shamut.....	272
• Amentis.....	281
• Hacia las minas de Zhurú.....	301
• El mundo subterráneo.....	320
• En la mira del enemigo.....	346
• Las tierras olvidadas.....	357
• El enano Bagwanda.....	376
• De camino a las montañas del dragón.....	396
• El guardián.....	411
• La prueba.....	422
• La tierra oculta.....	435
• El reino de los elfos.....	452
• La verdad sobre Tiamat.....	466
• Una amarga despedida.....	472
• El ataque sorpresa.....	482
• Adiós querido amigo.....	501

- Próxima parada..... 505
- Epílogo..... 508

PRÓLOGO

La oscuridad era absoluta. Ni una sola forma podía ser intuida. Sin luz ni sonido o sensación alguna... nada. Intentó avanzar, pero no notaba su cuerpo y, a pesar de todo, no tenía miedo.

Algo perturbó aquel vacío en el que se encontraba.

Una risa infantil hizo eco y súbitamente una cegadora luz inundó el lugar y desapareció en apenas un instante, encontrándose de nuevo asolada en las tinieblas; sin embargo, algo había cambiado.

Allá, a lo lejos, del tamaño de una minúscula mota de polvo, se apreciaba un leve resplandor. Intentó alcanzarlo, pero algo tiró de su cuerpo en dirección contraria, haciéndola caer de espaldas al suelo.

Allí tumbada percibió de pronto una melodía, casi inaudible, suave y armoniosa; y, como llevada por la música, se incorporó, decidida a avanzar de nuevo hacia la luz. Cuando se dispuso a dar el primer paso, sintió la misma fuerza de antes, empujándola hacia atrás a una velocidad vertiginosa.

La música cesó y un estridente sonido la hizo reaccionar.

Entonces se volvió hacia atrás y cayó de bruces contra el suelo.

EL SUEÑO

Abrió los ojos y allí estaba de nuevo; las mismas paredes, las sábanas alborotadas, la mesilla de noche y el dichoso despertador: bip biip biiip biiiip ¡biiiiip! Estiró la mano, agarró el aparato y, aunque sintió el impulso de lanzarlo contra la pared, simplemente lo apagó.

Se volvió a recostar mientras trataba de ordenar todo su mundo.

Ya tumbada, oteó el lugar y se dio cuenta de que estaba tirada en mitad de la habitación, junto a la cama, sobre su alfombra lila.

A través del cortinaje entraba la luz de un nuevo día que anunciaba la llegada del verano. Una suave brisa agitaba las cortinas en danza, incitándola a acercarse y unirse al baile. Cogió aire y, muy despacio, se incorporó, se dirigió al alfeizar y se asomó.

- Otra vez el mismo sueño...

Permaneció allí unos minutos, observando el paisaje. Puesto que su casa estaba a las afueras de la ciudad, disfrutaba de una preciosa vista campestre.

Se habían mudado hacía ya algunos años, y el cambio del pleno centro de la ciudad había sido notable. Por suerte el transporte público era abundante y regular.

Por otra parte, el tamaño de su actual vivienda no se podía comparar al pisito en el que antes vivían; era un chalet de dos plantas con jardín delantero y trasero, piscina y garaje propio. Todavía recordaba aquellos años en los que la palabra ‘privacidad’ no existía en su vocabulario y tenía que compartir un dormitorio minúsculo. Ahora, sin embargo, le encantaba su habitación, pues era la más amplia de la casa y tenía una enorme ventana que daba al jardín trasero, viéndose la montaña de fondo a lo lejos.

Miró hacia abajo y vio al vecino arreglando sus plantas con su sombrero de paja y su mono azulado lleno de manchurrónes de barro.

Con los ojos cerrados, respiró hondo, llenando sus pulmones con aquella multitud de fragancias que arrastraba la brisa.

Volvió dentro y abrió su armario decorado con fotos de sus amigos y familiares. Se quedó mirando unos segundos las caras de aquellas personas tan queridas para ella, sonriente, y después cogió su ropa y fue al cuarto de baño, dispuesta a que una buena ducha terminara de despertarla.

Abrió el grifo del agua caliente, se desnudó, se metió en la ducha y cerró los ojos. El calor del agua se extendió por todo su cuerpo, despertando todos sus músculos a su paso mientras el vapor ascendía y se pegaba a los cristales de la habitación. Apoyó su cabeza contra la pared, aún con los ojos cerrados, y permaneció inmóvil, disfrutando del delicado masaje del agua al caer.

Cuando se hubo relajado lo suficiente, cerró el grifo y rodeó su cuerpo con una toalla. Con sus manos recorrió su larga melena, escurriendo el exceso de líquido, y salió de la ducha. Una vez fuera, se paró frente al lavabo y, con cuidado, apartó el vaho que cubría el espejo, dejando al descubierto la imagen que se escondía tras la neblina.

Ahí estaba ella, aún con cara de dormida y dos enormes bolsas amoratadas bajo sus ojos. La falta de sueño empezaba a hacer mella en su rostro.

A pesar de estar mojado, su pelo seguía teniendo ese tono anaranjado tan poco común en su zona. De pequeña, en el barrio la conocían más como “Pipi” que como Liz. Y es que tenía un gran parecido con el famoso personaje de televisión: tez pálida plagada de pecas, pelirroja natural, ojos verdes, labios sonrosados... sumándose el hecho de que de niña era muy

delgaducha, pero ahora tenía una buena figura y sus peculiares facciones la hacían destacar del resto. Su madre siempre decía que era la niña más bonita de todo el mundo, claro que eso es lo que dicen siempre las madres.

Se miró fijamente en el espejo.

“Ya van 13 veces este último mes” dijo para sí. *“¿Por qué tengo siempre el mismo sueño? ¿Qué significará?”*

De pronto la luz se apagó y se encontró sumida en la más profunda oscuridad. Su corazón se aceleró en cuestión de segundos y un ahogo insoportable se apoderó de ella, paralizándola por completo. Con un esfuerzo casi sobrehumano, se abalanzó contra la puerta y, a duras penas, consiguió abrir el pestillo y salir al exterior.

Frente a ella se encontró con lo que, a veces, podía resultar la peor de sus pesadillas.

La miraba de manera burlona, y en su cara se dibujaba una media sonrisa cargada de malicia.

- Te he asustado, ¿a qué sí? – rió el chiquillo – eso te pasa por tardona. La próxima vez date más prisa, que no vives sola, guapa.

Cuando se recuperó del sobresalto, agarró al chico por la camisa y lo arrastró hasta la pared.

- ¡¿Estás loco o qué te pasa?! ¡No vuelvas a pegarme un susto así en tu vida, Miki!

La cara de su hermano cambió de golpe y aquella sonrisilla desapareció para dar paso a una expresión de desconcierto.

- No te pongas así, mujer, que sólo era una broma... - la joven se relajó y lo soltó, dando un paso hacia atrás - ¿te has dado un golpe en la cabeza o algo así?

- Algo así... - balbuceó aún malhumorada - no he dormido muy bien esta noche.

Además, me has pegado un susto de muerte – le recriminó de nuevo.

- Hermanita, eres muy rara...

Liz sonrió y le dio un empujoncito hacia las escaleras, camino al baño de nuevo, sin olvidarse de encender primero la luz.

Cuando Miki hubo bajado un par de peldaños, se volvió hacia ella.

- Por cierto, el desayuno ya está en la mesa. Date prisa o papá y mamá se irán antes de que bajes – se giró y desapareció.

Al bajar al comedor se encontró con una imagen que, aunque conocida, no se producía con demasiada frecuencia.

La mesa estaba rebosante de comida y toda la familia se encontraba reunida a su alrededor. Hacía tiempo que no estaban todos juntos.

Su padre acababa de regresar de uno de sus tantos viajes de trabajo, mientras que su madre y Miki habían vuelto hacía un par de días del campamento de invierno en la estación de esquí. Tenía que reconocer que la casa había estado demasiado tranquila las últimas semanas; prefería un poco más de ajetreo a su alrededor.

- Buenos días, cariño – saludó su madre - ¿qué quieres desayunar?

- Buenos días, mamá – Liz le dedicó la mejor de sus sonrisas - ¿qué se celebra? ¿Es que hoy es el cumpleaños de alguno y se me ha olvidado?

- No, tesoro. Es que hace mucho que no estamos todos juntos y me apetecía hacer algo para festejarlo. ¿Quieres que te prepare algo? – Liz oteó la mesa.

- No gracias, creo que ya hay bastante donde elegir.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

